

Mujeres que no abren casas con su llave. La representación del aislamiento como forma de violencia de género en *La casa en Mango Street*, de Sandra Cisneros¹

Romina Andrea Flores
Licenciada en Letras
Universidad Nacional del Nordeste
<https://orcid.org/0000-0001-9768-790X>
roandflores@gmail.com

Resumen

En *La casa en Mango Street*, novela de Sandra Cisneros, se reflejan las dificultades que enfrentan las mujeres mexicanas-chicanas que residen en Estados Unidos, marcadas por su género y origen. La violencia de género es una constante en sus vidas, presas no solo de los mandatos culturales que las signan, sino también de los designios de los hombres. En este contexto, el aislamiento se presenta como una forma de perpetuar el control y el poder masculinos sobre la voluntad y el cuerpo femeninos. En este artículo abordamos las historias de la bisabuela Esperanza, Mamacita, Rafaela y Sally, que son aisladas del mundo por mera decisión de los hombres con quienes conviven. Para el análisis, presentamos las características culturales que propician y, muchas veces, legitiman dicha situación; posteriormente, analizamos las circunstancias que las rodean, con el fin de describir los mecanismos de aislamiento representados en la obra.

Palabras clave: Aislamiento; género; mandato; violencia de género.

Women who *don't* open homes with keys. The representation of isolation as a form of gender violence in Sandra Cisneros' *The house on Mango Street*

Abstract

In *The House on Mango Street*, a novel by Sandra Cisneros, the difficulties faced by Mexican-Chicana women residing in the United States, marked by their gender and origin, are

¹ **Procedencia del artículo:** El presente artículo es la versión definitiva de un escrito que formó parte de las actividades realizadas durante un Intercambio Académico en la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB, Colombia), en el marco del Programa de Intercambio Latinoamericano (PILA). Asimismo, los primeros avances fueron presentados en el XX Congreso Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura (CONELL) "Aislamiento, entornos digitales y fronteras del lenguaje", organizado por la Red Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura (REDNELL) de México, en modalidad semipresencial los días 7 a 31 de marzo de 2022.



reflected. Gender violence is a constant in their lives, prey not only to the cultural mandates that sign them, but also to the designs of men. In this context, isolation is presented as a way of perpetuating male control and power over the female will and body. In this article we address the stories of great-grandmother Esperanza, Mamacita, Rafaela and Sally, who are isolated from the world by the mere decision of the men with whom they live. For the analysis, we present the cultural characteristics that favor and, many times, legitimize said situation; subsequently, we analyze the circumstances that surround them, in order to describe the isolation mechanisms represented in the work.

Keywords: Isolation; gender; mandate; gender violence.

Recibido: 01 de mayo del 2022. **Aprobado:** 05 de junio del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.12152>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - How to quote this article in MLA?

Flores, Romina Andrea. "Mujeres que *no* abren casas con su llave. La representación del aislamiento como forma de violencia de género en *La casa en Mango Street*, de Sandra Cisneros". 55 (2022): e.3112152 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Introducción

La violencia de género contra las mujeres conoce múltiples formas, entre ellas, las violencias física, psicológica, simbólica, económica y sexual. Su erradicación fue (y sigue siendo) tópico central en muchos países. Sin embargo, la pandemia por COVID-19 propició situaciones en las que tales prácticas se multiplicaron; el aislamiento social fue uno de los principales factores². A pesar de ello, alejar a las mujeres de sus círculos sociales y de sostén es una forma de violencia empleada, desde mucho antes, para someter y perpetrar el control masculino.

Múltiples casos y formas de violencia de género contra las mujeres se reflejan en *La casa en Mango Street*, de Sandra Cisneros, novela en la que descubrimos las injusticias del patriarcado a partir de los inocentes ojos de Esperanza Cordero, su protagonista. En

² Como indican diversos estudios, como los publicados por ONU Mujeres (n. p.) o ACNUR (n. p.).

dicho recorrido, la joven conocerá, entre otras, las historias de su bisabuela (también llamada Esperanza), Mamacita, Rafaela y Sally, mujeres encerradas en sus casas por orden de los hombres con quienes conviven, injustamente alejadas del mundo, al que solo parecen acceder desde su lugar junto a la ventana. En este trabajo, presentaremos las características culturales que propician y, muchas veces, legitiman el aislamiento de tales figuras femeninas; posteriormente, analizaremos las circunstancias que las rodean, con el fin de describir los mecanismos de aislamiento representados en la obra. Por último, con el objetivo de ofrecer una mirada más profunda sobre el universo femenino construido por Cisneros en la obra, consideraremos brevemente las posturas de otros personajes femeninos que, si bien no están en situaciones de aislamiento, reconocen las circunstancias de las que su género es víctima y buscan activamente formas de salir de los círculos de violencia a los que históricamente fueron condenadas.

Los mandatos culturales y la violencia de género. El aislamiento

La cultura es entendida como un conjunto de conocimientos que perfila nuestra percepción del mundo y conforma nuestras creencias (Anzaldúa 57). Cada cultura presenta una serie de mandatos, de roles de género asignados desde el nacimiento que diferencian entre hombres y mujeres, y frente a los cuales solo tenemos dos posibilidades: cumplir o desobedecer (Freixas Farré 24). Esto es algo que, a pesar de su corta edad, Esperanza tiene claro: “Los niños y las niñas viven en mundos separados. Los niños en su universo y nosotras en el nuestro” (Cisneros 8). Los mandatos del sistema sexo/género moldean las actitudes e identidades de las personas, quienes pueden ser moralmente juzgadas por atenerse o no a lo socialmente aceptado.

En la claramente androcéntrica cultura mexicana-chicana (reflejada en la obra de Cisneros), la superioridad masculina delimita las identidades femeninas. Las mujeres, por tanto, no son reconocidas como individuos independientes, sino que son socialmente percibidas por su relación con respecto al hombre, esto es: como madres, esposas o hijas (Rubio y García Conesa 64). En este sentido, es destacable el hecho de que tanto la literatura como la crítica chicana demuestren una marcada perspectiva política y de denuncia, al poner el foco en sociedades latinas androcéntricas en las que se excluye a las mujeres de los círculos de poder (Sales Delgado 24).

Asimismo, las mujeres mexicanas-chicanas son encasilladas en los moldes de “mujer buena” o “mujer mala” (Beltrán-Vocal 140). Una *mujer buena* es aquella que vive para su familia o para la Iglesia católica, pero no para sí misma. En el primer caso, se trata

de la mujer que llega virgen al matrimonio (Anzaldúa 57), se convierte en una madre “sufrida, abnegada y obediente, dispuesta a tolerar hasta el abuso físico del hombre” (Beltrán-Vocal 140), y que prioriza siempre a su marido e hijos. En el segundo, de aquellas mujeres que se hacen monjas y se dedican a servir a la Iglesia y a Dios (es decir, a una institución patriarcal y a otro hombre, respectivamente). Así, se considera que “si una mujer no renuncia a sí misma en favor de un hombre, es una egoísta” (Anzaldúa 57), es decir, una *mujer mala*. Las mujeres malas son juzgadas y, muchas veces, castigadas por incumplir el mandato.

Son los aparatos culturales machistas los que determinan que las mujeres deben dedicarse a servir al género masculino, mientras los hombres tienen no solo el derecho a progresar personalmente, sino también a violentarlas y decidir sobre sus vidas. Generalmente, son los miembros masculinos de la familia (sobre todo, el padre) y las parejas sentimentales quienes ejercen estos roles. En México, la influencia de las estructuras sociales es innegable ya que, por ejemplo, se ha demostrado que la violencia en la pareja tiene su origen en “las relaciones de género imperantes en la sociedad, en la que existe una notable desigualdad de poder entre mujeres y hombres, lo que conlleva a reproducir y legitimar la violencia” (Contreras Urbina 43). Para aquellas mexicanas que se mudan a Estados Unidos, la violencia doméstica se da en condiciones muy particulares porque “se encuentran aisladas, no hablan la lengua del país receptor y, en ocasiones, no tienen papeles para vivir ahí, tampoco ingresos propios” (Menjívar y Salcido, citado por Vázquez García 151).

La violencia de género ejercida contra las mujeres incluye múltiples formas y prácticas, como mencionamos previamente. Atendiendo a los objetivos del presente trabajo, nos centraremos en el *aislamiento* de las mujeres por parte de los hombres con los que conviven. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, el verbo aislar es definido como “Dejar algo solo y separado de otras cosas” y, en su segunda acepción, como “Apartar a alguien de la comunicación y trato con los demás”. Al referir específicamente a contextos de violencia de género, las mujeres son aisladas de familiares y amigos por voluntad de hombres que las quieren alejar, especialmente, de aquellas personas que representen apoyo o sostén, resultando en una posición altamente vulnerable (Contreras Urbina 68). Además, dichas mujeres no solo sufren por el aislamiento, sino que son víctimas de diversas formas de violencia: física, psicológica, sexual y económica, entre otras, que tampoco pueden denunciar. Tal situación se perpetúa, pues son incapaces de huir o pedir auxilio —no tienen cómo ni a quién acudir— y viven a merced de sus

captore. Es decir, el aislamiento representa una forma de violencia de género ya que las libertades y voluntades femeninas se ven coartadas por el designio de los hombres con quienes conviven, convirtiéndose en cautivas en sus propios hogares, sin poder decidir sobre sus vidas, cuerpos o futuro.

El aislamiento en *La casa en Mango Street*

A pesar de que se encuentran alejadas de su tierra natal, las historias de las mujeres que forman parte de *La casa en Mango Street* reflejan la influencia del mandato femenino propio de la cultura mexicana-chicana. Como indica Beltrán-Vocal, ser “mujer y ser chicana han representado una serie de obstáculos y tabúes que la mujer ha debido vencer para lograr superarse y encontrarse a sí misma como individuo de dos culturas” (139). Esta serie de mandatos/obstáculos indica que las mujeres deben vivir para servir: “la obligación de la mujer es dormir para que pueda levantarse temprano con la estrella de la tortilla, la que sale justo al tiempo que te levantas”, (Cisneros 16); las juzga si priorizan su vida y las prefiere, más bien, sumisas —aspecto que parece ser común a varias culturas: “a los chinos, como a los mexicanos, no les gusta que sus mujeres sean fuertes”, (Cisneros 8)—

La obra de Cisneros representa la situación de mujeres que siguen los caminos previamente enunciados. En algunas podemos reconocer a las *mujeres buenas*, pues cumplen el mandato de abnegación ante el marido y la familia. Otras intentaron rebelarse, pero fueron finalmente sometidas tras el matrimonio. Entre las primeras, encontramos a Mamacita y Rafael (vecinas de Esperanza); entre las segundas, a la bisabuela de la protagonista (llamada, también, Esperanza) y a Sally (una amiga).

Mamacita protagoniza la viñeta “No speak english”. Es la madre de un “nene niño”, con quien fue a vivir a Estados Unidos a la casa de un vecino de Esperanza y se la describe como “la mujer enorme del hombre al cruzar la calle” (Cisneros 37). Pero una vez que Mamacita llega a Mango Street nunca sale del edificio. La mujer se queda encerrada extrañando su verdadero hogar. Entre los vecinos debaten diversos motivos, pero consideramos que el de la protagonista es uno de los más probables: la dificultad con el idioma. Mamacita sabe muy pocas palabras en inglés y se niega a usarlo (una de las pocas frases que conoce es, justamente, “no speak english”). El colmo de males para Mamacita llega cuando su hijo canta una publicidad de Pepsi en inglés, lo que termina de “romper su corazón para siempre” (Cisneros 38). Entonces le reprende, le indica que no debe hablar el idioma y, finalmente, rompe en llanto. Entendemos, en consecuencia, que la frontera del lenguaje es una de las principales razones para el aislamiento de la mujer.

El otro motivo que reconocemos es que Mamacita sufre la estancia en el país extranjero y añora, en cambio, su lugar de origen. Esto se evidencia claramente en su rutina: se pasa los días junto a la ventana, escuchando la radio en español y cantando canciones de su tierra. Cuando no, suspira y llora, algunas veces al punto de que sus vecinos la oyen gritar.

En cierto punto, el hombre con quien convive se harta de su melancólico comportamiento. Ello lleva a una discusión en la que Mamacita pregunta: “¿cuándo, cuándo, cuándo?”, pareciendo hacer referencia una fecha de regreso; probablemente, la mujer viajó a Estados Unidos con la promesa de que su estancia sería temporal. Sin embargo, él responde: “Estamos *en casa*. Ésta es la casa. Aquí estoy y aquí me quedo. ¡Habla inglés, *speack English*, por Dios!”³ (Cisneros 38). Aquí vemos que, si bien Mamacita se mantiene dentro de la casa por “iniciativa propia” —algo cuestionable considerando el claro rechazo que demuestra ante la situación y el lugar en los que se ve forzada a vivir—, se queda en el país en contra de su voluntad. La casa, bajo esta perspectiva, está donde está el hombre, no donde ella sienta que está su hogar, no donde ella pertenezca.

La situación de Mamacita es terriblemente vulnerable, pues se halla incapaz de comunicarse, lejos de todo lo que conoce y de quienes conoce, deprimida porque “Hogar es una casa en una fotografía, una casa color de rosa, rosa como geranio con un chorro de luz azorada” (Cisneros 37), no el departamento que el hombre pintó de rosa, en el que la mantiene cautiva. Él ejerce el rol dominante, decidiendo por todos dónde vivir e ignorando el sufrimiento femenino. Podemos comprender que el mantenimiento del control masculino es lo que motiva, ante todo, la situación de Mamacita.

A continuación, la obra nos presenta la viñeta “Rafaela que los martes toma jugo de coco y papaya”. Rafaela convive en Mango Street con su marido, quien la mantiene encerrada bajo llave porque “tiene miedo de que Rafaela se escape porque es demasiado bonita para que la vean” (Cisneros 38).

El hombre, por supuesto, entra y sale de la casa a voluntad e incluso llega tarde todos los martes, porque se junta a jugar dominó. En cambio, Rafaela es otra cautiva que envejece apoyada en su codo mientras ve hacia afuera pues, según Esperanza, es “joven pero está envejeciendo de tanto asomarse a la ventana” (Cisneros 38). Esperanza dice que pasa mucho tiempo así, al punto de que se olvidan de ella. Pero un martes, Rafaela habla

³ El resaltado forma parte del texto original.

con la protagonista y sus amigos para pedirles un favor: que le compren un jugo en la tienda.

Los sueños de Rafaela son sencillos. Uno, es que su pelo sea como el de Rapunzel, muy probablemente no por el largo, sino porque le dé la posibilidad de escapar, como la princesa, por la ventana que la conecta al resto del mundo. Otro es beber bebidas “dulces como la isla” y no “amargas como ese cuarto vacío” (Cisneros 38). Y el último es poder bailar en el bar antes de volverse vieja, entre otros motivos, porque allí van mujeres que “abren casas con su llave” (Cisneros 39).

Rafaela es otra *mujer buena* que debe entregarse a lo que determine el hombre con quien convive. En este caso, el marido ni siquiera le dice que trate de integrarse, sino que él mismo cierra la puerta de la casa para impedirle salir. Si bien no parece compartir el estado de depresión que pasa Mamacita, los sueños de Rafaela demuestran que también está allí contra su voluntad. Su belleza, el supuesto motivo del encierro, es en realidad la excusa para culparla por su situación y desligar de responsabilidad a su esposo.

Ahora bien, entre las *mujeres malas*, encontramos los casos de la bisabuela Esperanza y Sally. La primera fue una *mujer salvaje* que no se casó hasta que el bisabuelo de la protagonista “la echó de cabeza a un costal y así se la llevó nomás, como si fuera un candelabro elegante” (Cisneros 8). El matrimonio forzado fue fruto de desgracia para la mujer, que jamás perdonó tal acto. Su bisnieta lamenta no haberla conocido y se pregunta si “hizo lo mejor que pudo con lo que le tocó, o si estaba arrepentida porque no fue todas las cosas que quiso ser” (Cisneros 8-9). Esta situación parece ser una constante familiar, pues la madre de Esperanza expresa “Yo pude haber sido alguien” (Cisneros 42) y siente la pérdida de la vida que nunca será vivida tras dejar de lado los estudios para hacerse cargo del hogar y la familia.

Lo único que sabe la niña es que su bisabuela se dedicó a mirar por la ventana hacia afuera, “del mismo modo que muchas mujeres apoyan su tristeza en su codo” (Cisneros 8). La ventana, como hemos visto en los casos anteriores, es el elemento que “representa la sumisión en la que ellas se ven sumergidas” (de la Torre párr. 16). Y nuevamente nos encontramos con un hombre que decide sobre la vida de la mujer, incluso aunque se mostrara en contra del mandato — o, tal vez, justamente por ello—.

Por último, una mujer que no tiene ni siquiera el “consuelo” de la ventana es Sally, la amiga de Esperanza. La joven es descrita como “la chica con ojos como Egipto y medias color de humo” (Cisneros 39), ya que se pinta los ojos y arregla su uniforme para ir a la escuela; pero cuando debe volver al hogar familiar se transforma: “Te jalas la falda y la

enderezas, te borras el color azul de los párpados. No ríes, Sally. Miras a tus pies y caminas derecho a la casa de donde no puedes salir” (Cisneros 39).

Sally es víctima de violencia doméstica, pues sufre los constantes maltratos psicológicos y físicos de su padre —y probablemente hasta abusos sexuales, como aclararemos más adelante—. El hombre es estrictamente religioso y considera que ser tan bella es “una aflicción”, por lo que le prohíbe salir. Pero Sally debe ir al colegio y no puede esconder los moretones y cicatrices que cubren su rostro y cuerpo. Aunque los excuse, nadie cree que sea porque “se cayó de la escalera”. En la viñeta “Lo que Sally decía” se describen los maltratos a los que es sometida, al punto que una vez su padre “le dio con la mano como a un perro, dijo ella, como si yo fuera un animal”; sin embargo, lo encubre: “Él nunca me pega fuerte” (Cisneros 43).

Sally trata de huir y va a la casa de Esperanza por resguardo. Es recibida y podría haberse quedado allí, pero en la noche su padre la busca, “con los ojos chiquitos de llorar”, para pedirle que regrese y prometerle que “ésta (sic) es la última vez” (Cisneros 43). La hija confía en las palabras de su agresor y regresa a casa. Por un tiempo todo estuvo bien, pero un día el hombre la ve hablando con un muchacho, tras lo que Sally pasa días sin ir a la escuela. Al describir el castigo, se indica que la golpeó hasta que “entre la hebilla y el cinturón simplemente se le olvidó que era su padre [...]. Y entonces se perdió entre sus manos” (Cisneros 43). Es decir, en el momento del aislamiento, cuando se le prohíbe salir del hogar incluso para ir a la escuela, los maltratos empeoran y cruzan nuevos límites. Esta viñeta ilustra claramente los hechos de violencia física, mientras deja velada la posibilidad de la violación.

De una forma u otra, Sally no puede vivir su niñez ni adolescencia como debería, ya que pierde la inocencia tempranamente. Pero, como indica Beltrán-Vocal (143), no por sus acciones, sino por las de los adultos. Primero, su padre y, segundo, su esposo. Demasiado joven para hacerlo donde vive, Sally viaja a otro estado para casarse con un vendedor de malvaviscos que conoció en un bazar de la escuela (Cisneros 46). Aunque dice estar enamorada y que “[a]hora tiene su marido y su casa, sus fundas de almohada y sus platos” (Cisneros 46-47), el matrimonio se da como forma de escapar de la opresión paterna: “Dice que está enamorada pero yo creo que lo hizo para escapar” (Cisneros 47).

No obstante, el nuevo hogar no es mejor que el anterior. Más bien, todo lo contrario. Bajo el yugo marital, Sally está sometida a los maltratos físicos y psicológicos, a la dependencia económica y al completo aislamiento: tiene prohibido salir, usar el teléfono o, siquiera, mirar por la ventana. Además, a su marido no le gustan sus amistades, por lo

que no puede recibir visitas a menos que él esté trabajando. Sally dice ser feliz con las cositas que compra cuando su marido le da dinero, que la mayoría de los días “está *okay*”, pero en otros “se pone furioso y una vez rompió la puerta y su pie pasó hasta el otro lado” (Cisneros 47). Asustada de las consecuencias por incumplir las normas de su esposo, Sally pasa sus días sentada viendo las pulcras paredes de su nuevo hogar y las pocas cosas que ahora le pertenecen:

Se queda sentada en casa por miedo a salir sin permiso. Mira todas las cosas que son suyas: las toallas y el tostador, el reloj despertador y las cortinas. Le gusta mirar las paredes, con qué pulcritud se encuentran sus esquinas, las rosas en el linóleo del piso, el techo lisito como pastel de novia. (Cisneros 47)

La reciente esposa afronta escenas de violencia física de las que no puede escapar, depende económicamente de su marido y está encerrada en su casa, imposibilitada de comunicarse o ver el exterior. En este caso, ni siquiera se insinúan motivos para el aislamiento. Por todo ello, no parece posible que pueda salir de tal situación. Como plantea Beltrán-Vocal: “el matrimonio no la conduce a la libertad esperada, todo lo contrario, significa la entrada a otro tipo de tiranía, violencia y dependencia” (143). Así pues, a pesar de los diversos esfuerzos por cambiar su suerte, vemos el caso de una mujer que no encuentra salida del ciclo de violencia, pues pasa del sometimiento del padre al del esposo.

Para cerrar esta sección del artículo, solo nos resta señalar un último punto en común entre los casos analizados: la presencia de la ventana. Tanto Mamacita y Rafaela como la bisabuela Esperanza, que vivió un par de generaciones antes, comparten el hábito de acercarse al cristal y mirar hacia afuera, soñando: con un paisaje al que desean volver, con un lugar al que ir a bailar, con una vida que ya no van a poder vivir. Mamacita acompaña la práctica con música; Rafaela con un jugo que consigue gracias a la intervención de sus jóvenes vecinos; la bisabuela Esperanza pasa su vida así. Sally, en cambio, ni siquiera puede contar con tales oportunidades. La ventana es el medio de contacto con el exterior, el espacio donde las mujeres cautivas contemplan el mundo que se les prohibió y sueñan con alcanzar. En síntesis:

La ventana es la frontera entre la vida afuera, la vida que tienen los demás, y la vida en casa. Por el cristal, se puede ver la vida pasar, una vida a la que Esperanza no siente pertenecer. Eso es aún peor para las mujeres en el barrio que no pueden salir

de casa, como Sally, Rafaela y la bisabuela de Esperanza. Así que la ventana es una metáfora del mundo machista. (Vrolijk 20)

La esperanza de salir

Resultaría sesgado realizar un análisis que no contemplara la postura de la narradora frente a la situación de las mujeres previamente mencionadas. Esperanza no es una observadora pasiva, en cambio, presta mucha atención a lo que sucede en Mango Street, se halla interpelada por las situaciones previamente descritas y nos ofrece su punto de vista.

A pesar de que las historias de Mamacita, Rafaela, Sally y su bisabuela son producto de las limitaciones a las que el sistema patriarcal las somete, Esperanza no consiente que ellas simplemente se queden en sus hogares, sin hacer nada por sí mismas. Más bien, ve las ventanas de Rafaela y su bisabuela “como un símbolo de la tristeza de la vida de una mujer que espera en vez de actuar” (Smith 16) y critica su pasividad. Como señala Smith, tal censura se refuerza a partir de la referencia a cuentos de hadas, como sucede con Rafaela y Rapunzel, representación de la mujer que, en la espera por la llegada de un hombre que la rescate y cambie su fortuna, no modifica nunca su vida. Dicho porvenir, además, parece estar siempre disponible: “allá siempre hay alguien ofreciendo bebidas todavía más dulces, alguien que promete mantenerlas en un hilo de plata” (Cisneros 39). Sin embargo, como nos demuestra la historia de Sally, ello no es real. Así, podríamos considerar que la situación de Sally es la más compleja porque no solo niega los maltratos de los que es víctima por parte de su padre, sino que busca la salvación en otro hombre, su esposo (siendo el matrimonio la forma más común de “felices para siempre”). Cisneros, a partir de la postura de Esperanza, critica la pasividad femenina y rechaza la representación que fomenta dicho cuento.

La protagonista se sabe capaz de cambiar y mejorar por sí misma, sin la necesidad de tener un hombre al lado. Sabe que puede salir del ciclo en que las mujeres que la rodean están encerradas. Para ello, sueña no solo con una casa propia en la que sienta, finalmente, pertenecer, sino que ya está comenzando el camino para ese futuro mejor: “he decidido no crecer mansita como las otras [...] He comenzado mi propia guerra silenciosa. Sencilla. Segura. Soy la que se levanta de la mesa como los hombres, sin volver la silla a su lugar ni recoger el plato” (Cisneros 41-42). Misma voluntad demuestran Nenny, su hermana menor, y Alicia, su modelo a seguir. La primera se muestra muy segura sobre lo que desea para sí: “Nenny dice que no va a esperar toda su vida para que venga por ella un marido

[...] Quiere sus cosas para ella nomás, buscar y seleccionar” (Cisneros 41). Alicia también está tomando acciones para superarse, a partir del trabajo duro y el estudio: “es joven y lista y estudia por primera vez en la universidad. Toma dos trenes y un autobús, porque no quiere pasar su vida en una fábrica o tras un rodillo de amasar” (Cisneros 16).

Todos estos ejemplos positivos de autosuperación marcan la diferencia con respecto a la pasividad de las mujeres aisladas. Esperanza está tan convencida de que la proactividad femenina es la salida que incluso imagina cómo sería la suerte de Sally si tomara la iniciativa. En la viñeta que lleva su nombre, presenta una serie de interpelaciones cerradas con un hermoso escenario en el que, tras una larga caminata, la joven llega a una bonita casa y abre, justamente, la ventana: “Y si abrieras la manija de la ventanita y le dieras un empujón las ventanas se abrirían de pronto y todo el cielo entraría” (Cisneros, 38-39). La casa en la que puede entrar y disponer con libertad sería el espacio donde Sally, finalmente, hallaría la felicidad: “Y podrías reír, Sally. Podrías dormirte y despertar sin tener que pensar nunca en quién te quiere y quién no” (Cisneros 39). Y todo comenzaría luego de que Sally considerara su situación y decidiera alejarse de Mango Street, con sus propios pies y por sus propios pasos.

Conclusiones

Si bien desde puntos de partida distintos, todos los casos de aislamiento analizados presentan las historias de mujeres que ven su libertad seriamente coartada por mandato de hombres en los que deberían poder confiar, quienes deberían protegerlas, amarlas y respetarlas. Todas, además, comparten ciertos puntos en común: demuestran que no quieren vivir donde están y/o bajo esas situaciones, son víctimas de diversas formas de violencia y, encerradas en sus hogares, ven el mundo y la vida pasar sentadas junto a la ventana.

Mamacita, Rafaela, la bisabuela Esperanza y Sally son figuras femeninas signadas por las características sistema patriarcal en que viven, representantes de las mujeres olvidadas y anuladas de todo poder sobre sí mismas. Además, están sometidas a la presión familiar, principal vehículo para la transmisión cultural, según la cual, el bienestar de la familia y la comunidad es más importante que el bienestar femenino individual.

En suma, a raíz de mandatos que las condicionan y limitan, “se hallan dominadas por sus sentimientos de inferioridad con respecto al hombre y se ven atrapadas en una cultura que las demoniza a ambos lados de la frontera” (Rubio y García Conesa 64). Sean “buenas” o “malas”, se rebelen o no, finalmente son sometidas y castigadas en caso de

incumplir el mandato femenino. Desposeídas, las mujeres aisladas no hallan salida de los ciclos de violencia que las signan. Las estructuras sociales dificultan su progreso y los hombres con los que conviven se lo arrebatan finalmente.

Sin embargo, Cisneros no se limita a representar el destino de estas mujeres, sino que se detiene a contarnos también las historias de Alicia, Nelly y Esperanza. A pesar de sus cortas —muy cortas incluso, en el caso de Nelly—, estas jóvenes ven más allá de los mandatos que se les imponen y nos muestran el camino. En síntesis, consideramos que la obra de Cisneros no busca solo representar y denunciar la situación de las mujeres que sufren al ser aisladas, sino que, como plantea Alarcón (2002), ofrece nuevos modelos de conducta para las mujeres chicanas, independientes de la voluntad masculina, a partir de los cuales recuperar su libertad, capacidad de decisión y dignidad.

Referencias

- (n. p.). “Alza de la violencia de género durante los confinamientos”. ACNUR.org. Web. 25 Nov. 2020. <https://www.acnur.org/noticias/historia/2020/11/5fbfld804/alza-de-la-violencia-de-genero-durante-los-confinamientos.html>
- (n. p.). “El impacto de la pandemia por COVID 19 en la violencia contra las mujeres”. ONU Mujeres. Web. 5 Nov. 2020. <https://www.unwomen.org/es/news/in-focus/in-focus-gender-equality-in-covid-19-response/violence-against-women-during-covid-19>
- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La frontera: The New Mestiza*. España: Capitán Swing Libros, 2016. Impreso.
- Beltrán-Vocal, María. “La problemática de la chicana en dos obras de Sandra Cisneros: *The House on Mango Street* y *Woman Hollering Creek and Other Stories*”. *Letras Femeninas*. 21 Primavera-Otoño 1995: 139-151. Impreso.
- Cisneros, Sandra. *La casa en Mango Street*. Colombia: Perio Libros, 2005. Impreso.
- Contreras Urbina, Juan Manuel. “La legitimidad social de la violencia contra las mujeres en la pareja. Un estudio cualitativo con varones en la ciudad de México”. *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres* (Vol. 1). México: CRIM/UNAM, 2008. 41-80. Impreso.
- de la Torre, Belinda (2020). “*The House on Mango Street*: ensoñaciones de una chica mexicanoamericana”. Campos de plumas. Web. Jul. 2020.

<https://camposdeplumas.com/2020/07/30/the-house-on-mango-street-ensonaciones-de-una-chica-mexicanoamericana/>

Freixas Farré, Anna. “Entre el mandato y el deseo: la adquisición de la identidad sexual y de género”. *La educación de las mujeres: nuevas perspectivas*. España: Universidad de Sevilla, 2001. 23-31. Impreso.

Rubio, Antonio Daniel Juan & García Conesa, Isabel María. "Sandra Cisneros: la creación artística fronteriza". *Dossiers feministes*. 18 2014: 55-66. Web. <https://www.raco.cat/index.php/DossiersFeministes/article/download/292360/380870>

Sales Delgado, Carmen. “La construcción de una identidad femenina en las protagonistas de 'Woman Hollering Creek', 'Never marry a mexican' y 'Bien pretty' de Sandra Cisneros”. *Divergencia: Revista de Estudios Lingüísticos y Literarios*. 7 (2) 2009: 23-33. Web.

https://www.academia.edu/862627/La_construcci%C3%B3n_de_una_identidad_femenina_en_las_protagonistas_de_Woman_Hollering_Creek_Never_Marry_a_Mexican_y_Bien_Pretty_de_Sandra_Cisneros

Smith, Claire. “La reescritura de la imagen chicana desde los espacios liminares de *The House on Mango Street*”. *La Blogoteca de Babel*. 6 2016: 1-31. Web. DOI: <https://doi.org/10.25035/blogotecababel.06.01.03>

Vázquez García, Verónica. “El chisme y la violencia de género. En búsqueda de vínculos”. *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres* (Vol. 1). México: CRIM/UNAM, 2008. 139-172. Impreso.

Vrolijk, Judith. *En busca de un futuro mejor. Cuestiones de identidad cultural en La Casa en Mango Street*. Utrecht: Universiteit Utrecht. 2017. Web. 03 Ago. 2007.